

ARTÍCULOS

Francisco Reyes *(UNL, IHUCSO Litoral, CONICET)*

Julia Blanco *(UNR)*

Ariel Alberto Eiris *(Conicet, UCA, USAL)*

Raquel Bressan *(UNGS)*

Daniel Mazzei *(INDEAL/UBA)*

Cecilia Lesgart *(UNR, CONICET)*

Mario Arias Bucciarelli *(Cehepyc/CLACSO, UNCOMA)*

**¿DURMIENDO CON EL
ENEMIGO?
RADICALISMO Y
NACIONALISMO EN LA
COYUNTURA DE 1916**

Artículo *por*

FRANCISCO JERÓNIMO REYES

Artículo

¿Durmiendo con el enemigo?
Radicalismo y nacionalismo en la
coyuntura de 1916.

Por **Francisco Jerónimo Reyes**

FRANCISCO REYES

Becario postdoctoral del CONICET con sede en el IHUCSO Litoral/CONICET-UNL; docente de las materias Historia Institucional Argentina en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y de Formación del Mundo Moderno II/Problemática Contemporánea de Europa y de Estados Unidos en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.

Fecha de recepción: 24-09-2018 - Fecha de aceptación: 20-03-2019.

¿DURMIENDO CON EL ENEMIGO? RADICALISMO Y NACIONALISMO EN LA COYUNTURA DE 1916.

Resumen

Este artículo profundiza, a partir de los insumos teóricos de la historia conceptual, en el vínculo histórico entre la identidad política del radicalismo argentino con las ideas nacionalistas en la coyuntura de 1916. La hipótesis que se sostiene es que en dicho contexto la propuesta de la fuerza liderada por Hipólito Yrigoyen representó una síntesis entre nacionalismo y democracia, una versión particular del nacionalismo que en el marco de la democratización se encargó de definir lo que consideraba la comunidad política legítima. Para ello se analizan un conjunto de voces partidarias que exceden –pero incluyen– a aquellas más identificadas con esa figura principal, así como ciertas miradas provenientes de fuera del radicalismo (publicistas, dirigentes adversarios, etc.) que focalizaron en esa síntesis problemática. El trabajo pretende ser así un aporte tanto a la historiografía sobre el radicalismo y las identidades políticas del período como a la del nacionalismo, para ampliar el espectro de los actores que contribuyeron a la consolidación de un fenómeno ideológico y cultural crucial del siglo XX.

Palabras clave

Democracia – Identidades políticas – Historia Conceptual – Nacionalismo – Radicalismo.

SLEEPING WITH THE ENEMY? RADICALISM AND NATIONALISM IN THE JUNCTURE OF 1916.

Abstract

From a conceptual history's perspective, this article examines the link between the political identity of the Radical Party and the nationalist ideas in Argentina around 1916. My hypothesis is that Radicalism, led by Hipolito Yrigoyen, was a particular type of nationalism: a synthesis between nationalism and democracy. This view developed within the framework of democratization put forward a new definition of the political community. To this end, I analyze discourses of the party that exceed –but include– those most identified with Irigoyen, as well as certain views elaborated outside Radicalism (publicists, adversary politicians, etc.). My aim is to contribute to the historiography on Radicalism and on the political identities of the period, as well as to that of nationalism. In this way I expect to show the broad the spectrum of actors that contributed to the consolidation of a crucial ideological and cultural phenomenon of the 20th century.

Keywords

Democracy – Political Identities – Conceptual History – Nationalism – Radicalism.

¿DURMIENDO CON EL ENEMIGO? RADICALISMO Y NACIONALISMO EN LA COYUNTURA DE 1916.¹

En los arrabales del nacionalismo

Tanto la historiografía sobre el nacionalismo argentino como sobre el radicalismo, fuerza que pasó a ocupar una indiscutida centralidad política en la segunda década del siglo XX, han avanzado en distintas direcciones en los últimos años. Sin embargo, a la hora de establecer vínculos entre ambos objetos de indagación las aproximaciones no han adoptado un criterio común, ni en lo temático ni en lo conceptual, pero sí han establecido una periodización que ubica en la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen (1916-1922) la emergencia de un nuevo tipo de nacionalismo que terminó volviéndose un feroz actor opositor a los gobiernos radicales.

La historiografía sobre la Unión Cívica Radical (UCR) ha sostenido recientemente que la consolidación de dicho liderazgo trajo aparejado un cambio de estilo e incluso ideológico respecto del radicalismo – supuestamente– más liberal y pluralista de la década de 1890, al enfatizar su identificación con la nación en su conjunto de acuerdo con una concepción organicista de la comunidad política (Delamata y Aboy Carlés, 2001; Padoan, 2002; Persello, 2007). No obstante, en el planteo de este “giro” operado por el yrigoyenismo se excluye cuidadosamente cualquier referencia explícita a que dicha expresión haya representado una forma de nacionalismo. Salvo el aporte reciente de Joel Horowitz, quien entiende que una prédica incluyente dirigida a los sectores populares de la Argentina de las primeras décadas del siglo apelaba a un nacionalismo ya extendido en la

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en las XI Jornadas del Programa Interuniversitario de Historia Política, Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam, Santa Rosa, 28-30 de junio de 2018. El autor agradece los comentarios, sugerencias e intercambios allí generados.

ciudadanía, el cual no entraba necesariamente en contradicción con la búsqueda de apoyos en las amplias comunidades de inmigrantes que se integraron a la sociedad local (Horowitz, 2016, pp. 68-71).

Como se dijo, los trabajos sobre el fenómeno nacionalista y sus distintas expresiones, si bien reconocen una retórica genéricamente “patriota” en el radicalismo, suelen periodizar su devenir –*grosso modo*– a partir de la construcción de una identidad nacional y un nacionalismo “oficial” a fines del siglo XIX a cargo del propio Estado liberal, la emergencia de un “nacionalismo cultural” durante el Centenario de la Revolución de Mayo 1910 y la de un “nacionalismo” de derechas, autoritario y antiliberal en la inmediata primera posguerra.² Este último sería ya un cabal “nacionalismo político” o, en los términos de Fernando Devoto, un nacionalismo en “sentido restringido”: el “nacionalismo de los nacionalistas”, que reivindicaban esa denominación y una cierta coherencia doctrinaria e ideológica (Devoto, 2002, pp. XI-XXIV). En cambio, si el radicalismo pudiera incluirse en dicha constelación, el suyo sería un nacionalismo “genérico”, “liberal”, identitario en un sentido amplio, pero falto de una formulación doctrinaria o intelectual más o menos sistemática. Se ubicaría así entre las formas marginales de un “nacionalismo popular o populista” que podría considerarse, a su entender, en “los arrabales de la literatura política” del período por no contar con obras de peso que certificaran un nacionalismo consistente, como el de la llamada “generación del Centenario” de Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones o el de los intelectuales antidemocráticos y las ligas derechistas de la década de 1920 (Devoto, 2002, pp. XXI-XXII).

En cambio, y siguiendo una línea de indagación abocada a auscultar el lugar de la entidad nacional en las identidades político-partidarias del cambio de siglo,³ la hipótesis que aquí se sostiene es que el

² La bibliografía al respecto es extensa, pero se refiere aquí a Rock (1993), Gramuglio (2001), Devoto (2002), Bertoni (2005) y Tato (2009).

³ Respecto del radicalismo, pueden verse sus tempranos vínculos con la “cuestión de la nación” (Reyes, 2012) y su cercanía, si bien en un segundo plano de protagonismo

radicalismo puede ser pensado en el momento de los Centenarios (1910-1916) –y en particular con su llegada al poder– como un intento de síntesis entre nacionalismo y democracia. Algo que ya se encontraba presente en su campaña por una “regeneración patriótica, política y moral” de la Argentina, cuando la “cuestión de la nación” se presentó desde la década de 1890 bajo la forma de un diagnóstico de los problemas del país a resolver, pero ahora potenciado por un contexto de mayor centralidad de los motivos nacionales que permite hablar sin ambages de un nacionalismo radical. Entre otros motivos, porque la misma palabra denota en el radicalismo el paso de aquel estado de situación problemático a la voluntad de expresar el espíritu de una nación democrática que por primera vez –de acuerdo con su concepción– se gobernaba genuinamente a sí misma. Por otro lado, como toda opción cronológica, el año 1916 no deja de ser una elección arbitraria. Pero mirando hacia atrás y contemplando las consecuencias del proceso político que ilustra, se convierte primero en una fecha simbólicamente densa por la llegada de la UCR al gobierno nacional y, luego, al profundizar sincrónicamente en los clivajes políticos de la hora y en las sedimentaciones de configuraciones identitarias precedentes, en un mirador calidoscópico del nacionalismo, una cuestión escasamente desarrollada por los distintos estudios.

Como se verá, distintos representantes del radicalismo –incluso aquellos que la historiografía colocó con razón en el lugar de opositores internos a Yrigoyen– exhibieron con énfasis una explícita reivindicación de un tipo de nacionalismo que se declinaba en la clave democratizadora abierta con la reforma política de 1912 incluyendo, con variantes, otros componentes. Esto demuestra hasta qué punto la identidad radical, que pronto se encontró en disputa hasta llegar a la división de la UCR, había incorporado de forma generalizada en su solidaridad militante un discurso que trazaba límites respecto de cuál debía ser la nueva comunidad política legítima, al filiarse en una

político, con los motivos celebrados en el clima del Centenario de 1910 (Reyes, 2016b).

cierta tradición y espíritu nacionales. Por supuesto, ello tenía que ver no sólo con su autoconcepción como colectivo político y el intento de otorgar un nuevo sentido a la evolución política de la nación, sino también con la definición de los “otros” con los cuales antagonizaba (conservadores y socialistas) por el favor del electorado, así como también la de intelectuales y publicistas que posaron su mirada en el actor protagónico en ascenso.

En función de ello, conviene explicitar la perspectiva de análisis adoptada. En primer lugar, como ha destacado la historia conceptual diferenciándose de la historia de las ideas más tradicional, abordar un fenómeno tan surcado como el nacionalismo, así sea en relación a identidades políticas, implica necesariamente reconocer que se trata de un “concepto polémico fundamental”. Esto es, que los distintos actores de un determinado momento intentaron imponer un monopolio sobre su significado, operándose convergencias, desplazamientos y discrepancias entre dicho concepto y el estado de cosas que surge en el devenir histórico de esas disputas (Koselleck, 2012, pp. 46-47) que son en este caso luchas por el poder y la representatividad de la nación. En este sentido, Darío Roldán ya ha advertido en general para la Argentina del siglo XX, y en particular para el momento del Centenario, que la síntesis expresada en experiencias y propuestas concretas entre nociones como las de nación, república, democracia y liberalismo siempre incubó un sentido problemático, a raíz del cruce de tradiciones y culturas políticas que nunca pueden encontrarse en estado puro (Roldán, 2011).

Se sigue en cuanto al nacionalismo el planteo de Anthony Smith cuando afirma que además de los mitos del origen, del linaje, de la edad de oro y de la decadencia, los políticos nacionalistas han privilegiado el de la regeneración de la comunidad de la que se conciben parte y exponentes privilegiados (Smith, 1999, p. 58). De esta manera se supera la dicotomía postulada por aquellos estudios del nacionalismo que establecen una distinción taxativa entre su carácter “étnico” –que naturaliza las identidades al enfatizar el apego o

reivindicación de una cultura perenne– o “cívico” –el que concibe a toda nación como resultado de la asociación voluntaria de individuos que construyen un destino común–,⁴ para entender a los nacionalistas como interventores activos que tamizan y seleccionan el acervo de distintos grupos de esa comunidad para movilizar a sus integrantes, al explotar sus emociones colectivas, inspirar fervor moral y activar sus energías en pos de objetivos políticos concretos (Smith, 1999, pp. 177-181). Como las disputas a las que alude Koselleck y el sentido problemático que encuentra en estas operaciones políticas Roldán, los radicales no se vieron absolutamente determinados en la definición de su versión del nacionalismo, pero tampoco puede pensarse su campaña de regeneración política y moral de la nación como pura invención.

En este caso se tuvieron en cuenta una serie de intervenciones significativas de dirigentes nacionales y provinciales del radicalismo que ejercieron roles protagónicos en la nueva etapa abierta por los Centenarios y por la reforma política, así como de algunos que pretendieron dotar de un sentido intelectual a sus interpretaciones del momento de la UCR. Además de las revistas de debate público en que aparecieron estos testimonios en torno a 1916, una fuente complementaria particularmente ilustrativa es el periódico de la Capital Federal (*El Radical*) que permite rastrear los elementos y el tono en que se llevó adelante la crucial campaña para las elecciones de ese año que consagraron presidente a Yrigoyen. Todo ello en el marco de los festejos por el Centenario de la Independencia nacional, que imprimieron nuevo vigor a la extensión del nacionalismo aunque de forma mucho más discreta que en 1910, (Ortemberg, 2016) así como del trasfondo internacional de la Gran Guerra, que colocaba en un lugar expectante a la Argentina y que motivó a su vez representaciones alternativas sobre la “argentinidad” (Tato, 2016).

⁴ Para un análisis detallado de los equívocos que incuba este viejo dualismo, en donde se incluyen las formulaciones de Smith sobre el nacionalismo antes de la evolución de sus últimas obras que se proponen superarlo, ver Brubaker (1999).

Por ello se incluyen también otras miradas, de adversarios políticos o intelectuales atentos al devenir de una fuerza cruzada por el avance de un fenómeno nacionalista que marcará al conjunto del arco político del siglo XX argentino.

Nación y democracia en la UCR⁵

El 12 de octubre de 1916, día en que asumía la presidencia de la nación luego de una campaña experimentada como una marcha triunfal pero no exenta de tensiones, la revista *Proteo* de la ciudad de Buenos Aires publicaba un breve artículo titulado “La Unión Cívica Radical”, firmado por Hipólito Yrigoyen. Como se sabe, el estilo de su prédica era poco dado a los discursos públicos. Salvo algunas intervenciones muy puntuales (como la recordada polémica con Pedro C. Molina), la palabra del líder radical constituía una rareza, a lo cual contribuía una prosa más mística y espiritualista que programática.

El artículo, en ese lenguaje propio de una autoconcebida religión cívica, condensaba en gran medida las convicciones de Yrigoyen, pero también de aquellos sectores y dirigentes del radicalismo que se encontraban enfrentados a su liderazgo y que momentáneamente apoyaron su candidatura. Repetía allí un *leitmotiv* presente desde los orígenes de la UCR según el cual la misma se encontraba “irreductiblemente identificada con la patria misma” y esa “resurrección” del “espíritu nacional” se entroncaba con el “genio de la Revolución” de 1810. A esa filiación con una tradición que se hundía

⁵ Un análisis en profundidad de las nociones de democracia y sus usos en la coyuntura de 1916 requiere un trabajo pormenorizado que aquí no puede realizarse, pero en cambio se esbozan algunas de sus articulaciones con el nacionalismo de la UCR. Sobre la diversidad de concepciones al respecto en ese contexto de los Centenarios, ver especialmente Roldán (2011), quien postula que el ensayo de una síntesis liberal-democrática en el “momento del Centenario” tuvo como promotora a una elite moderadamente liberal y unos beneficiarios –esto es lo que aquí importa, porque se refiere al radicalismo– que expresaban una tradición democrática inspirada en una concepción esencialista del pueblo.

en los orígenes de la patria, Yrigoyen sumaba algunos tópicos que remitían más bien a las celebraciones de los Centenarios: a su entender, recién con el ascenso del radicalismo se expresaban los “atributos nativos de la nacionalidad”, Argentina alcanzaría los “más prominentes preceptos de la civilización humana”. De esa manera, por su “obra reparadora” expuesta en las urnas, el radicalismo se presentaba como la culminación de un proceso secular destinado a alcanzar la promesa de la grandeza nacional y como genuino reflejo de su “alma” (Yrigoyen, [1916] 1923, pp. 49-50).

Como lo expresaba al mismo tiempo la apologética obra de su secretario, el diputado nacional Horacio Oyhanarte, publicada ese año con el simple título de *El Hombre*, el radicalismo venía a consumir el “movimiento de Mayo” y apelaba para ello a la fe de la juventud, a quien dedicaba la obra y a la que consideraba heredera de los combates del siglo XIX y protagonista del “martirologio” de las revoluciones de 1890, 1893 y 1905 contra el “régimen”. No resulta casual que Oyhanarte, como en general todos los radicales, presentaran la situación de 1916 con la imagen de metáforas de movimiento: “la Nación en marcha” (Oyhanarte, 1916, p. 12), la “república marchando hacia sus futuras conquistas”, la “ola irrefrenable” que daría como resultado en las urnas el triunfo radical, la “marcha ascendente, progresiva (...) de la vida nacional argentina”.⁶ Así, luego de afirmar que Argentina, a diferencia de otros países latinoamericanos y los Estados Unidos, no había sufrido conflictos religiosos y étnicos –por las garantías que otorgaba la Constitución Nacional de 1853 para la libertad de cultos y el sostenimiento del catolicismo, por un lado, y por la promoción de la inmigración, por otro–, el problema nacional se reducía para el biógrafo de Yrigoyen a una cuestión política que se solucionaría mediante la democracia

⁶ “Año nuevo”; y Antonio Pallejá, “La civilización nacional”, en *El Radical*, 1 de enero de 1916.

electoral.⁷ Apelando al simbolismo del héroe de la antigüedad
Laocoonte, sostenía que:

Cuando el país retome la dirección de sus destinos [con el ascenso del radicalismo al poder en la figura de Yrigoyen] toda su obra fecunda y sencilla consistirá en matar a la serpiente [el “régimen”]. El milagro estará realizado y la sola salud y energía de la Nación obrará la transfiguración esperada (Oyhanarte, 1916, p. 253).⁸

Esta lectura del momento, que podía no discordar con las de las elites conservadoras o de un intelectual como Ricardo Rojas en su celebración de los mitos de la grandeza argentina y el crisol de razas que fundía las diversidades en el magma cultural de la nación,⁹ sustentaba la obvia particularidad de arrogarse el monopolio de la representación política de esa comunidad nacional. Una pregunta que podría formularse inmediatamente al respecto es: ¿si en cuanto a tópicos y retórica este radicalismo de 1916 tenía parecidos de familia, por caso, con el nacionalismo “cultural” del primer Centenario, por qué no sería posible sumarle dicha etiqueta a la composición de su identidad política?

Si se sigue lo expuesto por David Rock, autor que estudiara tanto a la UCR como al nacionalismo (al que denomina “autoritario”, con antecedentes en el “cultural” de principios de siglo), lo que se observa es más bien una “apropiación” radical de los motivos tradicionalistas (folklore popular, el federalismo y la sanción del Día de la Raza el 12

⁷ Por supuesto, ésta no era la concepción de la situación de la nación y sus conflictos que sustentaban los miembros del PS, así como difería el ideal democrático que unos y otros defendían.

⁸ Sobre la función que cumplió este tipo de discursos en la forja del liderazgo yrigoyenista, ver Padoan (2002), quien sin embargo presta escasa atención, por la propia definición de su objeto de análisis, a otras expresiones del radicalismo que no necesariamente se referenciaban en Yrigoyen.

⁹ Al respecto, ver Devoto (2002) y Tato (2007, 2009 y 2016).

de octubre de 1917 por Yrigoyen), pero a partir de “posturas ideológicas sumamente desconectadas entre sí” (Rock, 1993, pp. 79-80). En otras palabras, un nacionalismo radical no sería algo genuino, sino antes bien una mezcla de dos especies diferentes.

Ahora bien, una particularidad metodológica siempre ha sobrevolado el estudio de las ideas y la identidad de la UCR: la de buscar en sus sucesivos liderazgos (Alem, Yrigoyen, Alvear, etc.) aquellos discursos fundamentales emanados de los mismos y las paráfrasis que los siguieron hasta constituir un determinado “ismo” (alemnismo, yrigoyenismo, alvearismo, etc.). Si bien esto puede resultar inevitable, en tanto esos liderazgos marcaron el devenir partidario como enunciadores protagónicos y como cabezas en sus avatares organizativos, se vuelve asimismo pertinente explorar la diversidad de voces que se amparaban bajo su paraguas identitario en los orígenes de la “república radical” –según la feliz denominación de Marcela Ferrari (2008) – para construir un mapa más completo de aquello que efectivamente unía a quienes profesaban esa fe política. En cuanto a ello, es posible afirmar que la síntesis radical de nacionalismo y democracia era patrimonio común no sólo de quienes serían calificados de yrigoyenistas, sino también de los que luego crearían la UCR Principista y la UCR Antipersonalista.¹⁰

Un año antes de la decisiva compulsión electoral, cuando el radicalismo ya se encontraba perfilado como posible triunfador en las presidenciales luego de obtener las gobernaciones de Santa Fe y Entre Ríos, la prestigiosa *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (RACP)

¹⁰ Luciano De Privitellio ha explicitado algo particularmente atinado en este sentido, aunque con un tono ligeramente diferente y en referencia a la reforma política de 1912, las ideas de sus promotores y sus consecuencias: “la noción de representación entendida como la expresión de un alma de la nación (que en ocasiones podía presentarse como más racional y en otras, más pasional) estaba fuertemente asentada en las tradiciones políticas argentinas, incluyendo en las del partido que resultaría beneficiado por esta reforma, la UCR” (De Privitellio, 2004, p. 5). Sobre el proceso de división del radicalismo en la década de 1920, ver Persello (2007, pp. 53-63).

lanzó una encuesta dirigida a distintos publicistas y referentes de la UCR para que se expresaran sobre el programa y las ideas que sostendría ésta en 1916. Una nota relevante de la publicación estribó en que incluso uno de los redactores de la revista, que no adhería a la UCR, el jurista Raymond Wilmart, reconocía como una verdad para todos que ésta se destacaba por dos cuestiones en su carácter de “partido orgánico”: que poseía el favor de las mayorías electorales, por un lado, y, por el otro, que ello era consecuencia no sólo de su extensión territorial, sino también del hecho de que era “el más argentino” de los partidos en pugna, al fusionar a “patricios” y “masas” plebeyas.¹¹ Como se verá luego, esta identificación del radicalismo como genuino representante de ciertos valores nacionales o del “espíritu nacional” demostraba hasta qué punto resultaba efectiva y tenía una recepción positiva su prédica dentro de distintos sectores de la sociedad, en especial aquellos encargados precisamente de formar y criticar las opciones políticas existentes.

Poco sorprende que los encuestados radicales anticiparan los temas luego expuestos en su documento por Yrigoyen, dejando en evidencia las distintas versiones posibles de una identidad lo suficientemente amplia como para contener (hasta cierto momento) una multiplicidad de posturas que sin embargo coincidían en un núcleo de creencias: el lugar que ocupaba el radicalismo en la evolución nacional y su “misión histórica” regeneracionista; el antagonismo básico desde la década de 1890 contra un “régimen” considerado corrupto, “sensualista”, “materialista” y “positivista”, en el cual se agrupaban las por entonces dispersas fracciones conservadoras; o la expresión de su “causa” como un “idealismo”, una “espiritualidad” que se revelaba como una “reacción” moralizadora frente a aquel estado de cosas y que difícilmente podía reducirse a un programa partidario hasta que se venciera dicha influencia, en suma, como una religión cívica (Reyes, 2018b).

¹¹ Raymond Wilmart, “El partido radical. Su ubicación”, en *RACP*, t. X, 1915, pp. 370-371.

Una de las principales figuras de la UCR que luego protagonizó la ruptura con Yrigoyen, el entonces diputado Vicente Gallo, coincidía no obstante con éste en un punto que otras respuestas profundizaron: la certeza de que la agrupación “pasará con honor a la historia como expresión de los ideales y de las inmolaciones de la nacionalidad argentina”. Esa convicción se basaba en las contribuciones que el partido había hecho desde las revoluciones del cambio de siglo: “entusiasmos”, “pasiones” y “energías colectivas”, que ahora “se han encauzado dentro de las normas democráticas estables”.¹² Resulta por demás sugestivo que este docente de Derecho en la Universidad de Buenos Aires y militante de larga data abrevara en una concepción voluntarista del proceso político que terminaba por mostrar a la joven democracia argentina como producto de la obra del partido y su capacidad de agregación de sucesivos apoyos, desde el combatiente hasta el elector. Algo similar proponía en la reconocida revista *Nosotros* otra destacada figura intelectual del radicalismo, el profesor de Economía Luis Gondra, quien con una mayor densidad teórica afirmaba que la UCR era una “comunidad política” y una “obra de educación democrática” que podía asociarse con las construcciones irracionalistas que, según Georges Sorel, aparecían condensadas en el mito: una “firme voluntad de redención política” (la “reparación institucional”) que “congrega[ba] en un mismo ideal a muchedumbres de argentinos sin distinción de clases”.¹³

Para lo que aquí importa, de este conjunto de voces radicales emergió en ese contexto y de forma recurrente una alusión al término “nacionalismo”. Así, el por entonces ministro del gobierno radical de Entre Ríos, futuro ministro de Justicia e Instrucción Pública de la

¹² Vicente Gallo, “Aspectos y enseñanzas de una obra”, en *RACP*, t. X, 1915, p. 330. Corregir formato cita.

¹³ Luis Gondra, “A propósito del radicalismo. Un eco del pasado”, en *Nosotros*, n° 78, 1915. En este texto singular, cargado de sobreabundantes citas de autoridad que iban desde los clásicos textos argentinos de Alberdi y Mitre, hasta el francés Charles Seignobos, las citadas *Réflexions sur la violence* de Sorel y la obra de Henri Bergson, *Essai sur les données immédiates de la conscience*.

Nación identificado con el antipersonalismo y luego juez de la Corte Suprema de Justicia, Antonio Sagarna, aseguraba que era el “nacionalismo solidario” de la UCR el que ligaba a los distintos “pueblos argentinos”, argumentando que sólo una fuerza con ese ideario podía amalgamar la heterogeneidad de situaciones locales y provinciales.¹⁴ En otro sentido, Enrique Prack, militante radical y católico, con un discurso orientado a los sectores trabajadores, entendía que la “misión que la providencia” deparaba al radicalismo era resolver con “criterio nacionalista” los problemas del país. Entre los mismos destacaba la endeblez del sentimiento popular hacia los símbolos nacionales –fundamentalmente la bandera y el himno– y el peso de un cosmopolitismo que impedía hacer de Argentina un país “respetable a las naciones extranjeras”, en clara alusión al carácter aluvial de la sociedad argentina y a la presencia de las ideologías de izquierda en el seno del movimiento obrero.¹⁵

Tal como han destacado ciertos trabajos dedicados a desentrañar la atracción de la prédica del radicalismo en los sectores populares en el interior de ciertas provincias que luego contarían con gobiernos de la UCR (como Santa Fe o Mendoza),¹⁶ varios de los testimonios de la encuesta de la *RACP* permiten efectivamente constatar no sólo la

¹⁴ Antonio Sagarna, “Concepto del radicalismo argentino”, en *RACP*, t. X, 1915, p. 354. En similares términos territoriales se expresaba el futuro vice-presidente de Yrigoyen, el riojano Pelagio Luna, para quien la “entidad orgánica” de la UCR formaba “un solo cuerpo por donde circula la misma sangre (...) vínculo de solidaridad entre los pueblos argentinos” (“El radicalismo en las provincias. Su influencia en la cultura y la solidaridad nacional”, en *RACP*, t. X, 1915, p. 393).

¹⁵ Enrique Prack, “La misión del radicalismo”, en *RACP*, t. X, 1915, pp. 405-406. La perspectiva salvacionista y, por momentos paranoica, de este radical católico se condensará posteriormente en su compilación *Por la patria y por la fe* (1921), obra no exenta de una abierta xenofobia y un exacerbado antisocialismo.

¹⁶ Para el primero de estos casos, ver Karush (1999), quien se centra en la corriente popular del radicalismo de la ciudad de Rosario encabezada por el dirigente Ricardo Caballero; mientras que Richard-Jorba (2013) llega a asegurar que la retórica (y también su reflejo en ciertos actos concretos) del lencinismo mendocino se fundaba en un nacionalismo por momentos virulento frente a sus adversarios políticos.

existencia sino la exaltación de parte de la dirigencia partidaria de un vínculo con lo genéricamente considerado criollo.¹⁷ En otras palabras, con aquello que Yrigoyen denominara los “atributos nativos de la nacionalidad” y que podía aparecer también como referencia a las “tradiciones nativas”, a la “raza argentina” o la “raza nacional”, en la clave de un nacionalismo telurista que ya había sido propagado por la generación de escritores del primer Centenario.¹⁸

En estas coordenadas, cuyas premisas permeaban el vínculo entre elites culturales y elites políticas, el interior nacional era rescatado en tanto reserva moral frente a las influencias “materialistas” y el “exotismo” de ideas y grupos que se consideraban propios del extranjero pero que germinaban en la cosmopolita urbe de Buenos Aires (Gálvez); mientras que, en una síntesis menos conflictiva, se propugnaba a su vez por que esas otras razas se asimilaran al sustrato de aquella “raza nativa” (Rojas). Todo lo cual se conjugaba con un culto a los símbolos patrios que, asociado generalmente con el nacionalismo de Estado promovido desde la década de 1880, los mismos radicales habían cultivado junto a su propia liturgia partidaria desde sus tempranos orígenes en la década de 1890 (Reyes, 2016a). En este registro es posible profundizar en los motivos de la síntesis radical entre nacionalismo y democracia en la coyuntura clave en torno a 1916 teniendo en cuenta, además de convicciones de más larga data, los desafíos políticos del momento.

¹⁷ Este aspecto ha sido destacado por Horowitz (2016).

¹⁸ Como bien destaca Devoto, no casualmente en las décadas posteriores algunos de los más paradigmáticos representantes del nacionalismo cultural del Centenario como Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, darían explícitamente su apoyo al radicalismo: Rojas por esa mezcla, al parecer tan genuina, entre democracia, sectores populares y americanismo que la UCR terminó encarnando; Gálvez, en clave más conservadora, por ver en Yrigoyen y sus seguidores un dique de contención a la proliferación de “movimientos extraños” a la nación luego de la Gran Guerra (Devoto, 2002, pp. 115-121). No obstante, como se vio, este autor se abstiene de analizar en términos estrictamente nacionalistas al radicalismo.

Un ejemplo notable de esta particular combinación lo constituye un dirigente que había sido estrecho colaborador de Alem en el período fundacional de la UCR, luego de Bernardo de Irigoyen en provincia de Buenos Aires, para participar de las reorganizaciones de 1903, 1909, 1912 y finalmente la que se abrió hacia 1916. El poeta, periodista, abogado y profesor universitario salteño Joaquín Castellanos revistaba entonces como diputado nacional por el radicalismo y se comprometió en la campaña previa a la elección de Yrigoyen con una serie de conferencias, antes de ser él mismo electo gobernador de Salta en 1919. Ya cuando había dirigido el periódico *El Argentino* a inicios de la década de 1890 este intelectual reveló sus inquietudes en el marco de los tópicos de un nacionalismo más o menos acabado: propuso suspender las acciones revolucionarias de la UCR ante el conflicto limítrofe con Chile, apoyó la “paz armada” en tiempos del Centenario de 1910,¹⁹ y para la nueva etapa consideró necesario una reafirmación de tipo ideológica por parte del radicalismo antes que la programática que buena parte de la publicística requería. Incluso, al considerarse un hombre de letras, en el marco de las celebraciones del Centenario de 1916 le disputó a Ricardo Rojas (autor ese año de *La Argentinidad*) la paternidad sobre la implementación de la noción de “nacionalismo” en la Argentina, precisamente en su artículo “El credo nacionalista” publicado en la citada revista *Proteo*. Diferenciándose de la “joven generación” de 1910 (Rojas, Lugones, Gálvez, etc.), Castellanos aseguraba haber aplicado ese “credo” y su criterio no sólo en las letras sino también en la política en general y en su labor legislativa en particular (Castellanos, 1917, pp. 312-324).

La política era obviamente el tema de sus conferencias partidarias. Si para Castellanos el “problema urgente” que iba a ser saldado en las elecciones de 1916 era el de la democracia (la “efectividad del sufragio”), la UCR debía mantener su posición en relación con lo que denominaba su “programa histórico”, que si bien se iniciaba en esta

¹⁹ Para estas intervenciones de Castellanos previas al momento aquí analizado, se remite a Reyes (2012).

concepción con la Revolución del Parque de 1890, en realidad se encontraba “en las entrañas mismas de la existencia nacional” (Castellanos, 1917, p. 102). En este punto es que ese “credo político” radical –como lo definía en la clave de una identidad sacralizada– marcaba el déficit de sus adversarios inmediatos. Por un lado, Castellanos afirmaba que los distintos sectores conservadores adolecían de las convicciones democráticas del radicalismo, ya que representaban la “oligarquía” desde arriba; pero en un segundo término, más amenazante aún, se situaba el “anarquismo sin freno” desde abajo, las “tendencias subversivas del orden social (...) esas dos fuerzas representadas por el socialismo y el anarquismo, que sólo se diferencian en grados y medios de acción” (Castellanos, 1917, p. 99). He aquí un punto fuerte de todo el proceso que llevó a la conquista del poder en 1916 en el cual los radicales visualizaban al socialismo como la vanguardia de un fenómeno mucho amplio y futuro competidor por el favor popular. En la síntesis propuesta:

como conservadores de las instituciones, no de las posiciones [como la oligarquía], hemos realizado una obra de defensa social contra el avance de las ideas atentarorias al concepto de patria y al orden legal establecido por nuestra Constitución. Durante los últimos años, el Partido Radical ha sido el rompeolas de la marea antinacionalista (Castellanos, 1917, p. 99).

Para el radicalismo la apertura del “dique” democrático configuraba un nuevo escenario en el que se pensaba como representante de una mayoría latente de la ciudadanía, pero esas masas debían no obstante estar imbuidas de un sentimiento nacional que las alejara de aquellas ideologías que, a sus ojos, atentaban contra la nación y sus instituciones, por lo que resaltaban su condición de “representantes genuinos y defensores más empeñosos del tradicionalismo nacional” (Castellanos, 1917, p. 98). Se advierte que, esta vez, la democracia podía ser representada mediante una metáfora acuática de apertura/cierre que incubaba tanto las esperanzas (el torrente o masivo triunfo electoral) como los temores (el dique o límite al avance

de lo exótico). Respecto de estas estrategias retóricas, sobre todo en un contexto crucial, Javier Fernández Sebastián consigna que el universo conceptual de la política moderna –los conceptos polémicos fundamentales de Koselleck– se vio constantemente atravesado por tensiones y ritmos variables de cambio semántico, lo que conllevaba que las nociones clave de ese vocabulario fueran objeto de polémicas y disputas que operaron en las situaciones pragmáticas de su enunciación y en las intenciones de los actores. En estas instancias, el uso de las metáforas (espaciales o temporales) apunta a aprehender lo incierto y lo desconocido en los momentos experimentados como un cambio trascendente por esos actores (Fernández Sebastián, 2009, pp. 17-28). La actitud demostrada por distintos referentes del radicalismo ante la que consideraban su principal amenaza en la competencia electoral ilustra bien los usos del discurso nacionalista y las ambigüedades inherentes a la democratización política, sobre todo en un marco internacional (y pronto también local) en que, como destacara Tulio Halperin Donghi, buena parte de las esperanzas redentoras depositadas en la democracia habían perdido fuerza frente a otras alternativas en los extremos del arco ideológico (Halperin Donghi, 2005, pp.21-55).²⁰

Si bien Ricardo Martínez Mazzola ha destacado de forma consistente la mirada peyorativa que el socialismo elaboró sostenidamente del fenómeno radical como un populismo patriotero, otra forma de la denostada “política criolla” (Martínez Mazzola, 2010), todavía no se ha

²⁰ Incluso cabe tener en cuenta la diversidad de concepciones que se encontraban detrás de una noción “polémica” como la de democracia, incubando a inicios del siglo XX nuevos criterios de representación política diferentes del principio liberal de “un hombre, un voto”, todo lo cual redundaría en una inestabilidad inherente a los lenguajes políticos del momento (Palti, 2007); así como, desde una perspectiva si se quiere más normativa, Roldán subraya las dificultades que encontró la síntesis liberal-democrática durante los gobiernos radicales, esto es, la articulación entre los intentos de darle forma política a lo social, la necesidad de construir instancias de intermediación entre la política y la sociedad (sindicatos y partidos políticos), y el ejercicio de la soberanía en una política participativa (Roldán, 2011, pp. 199-202).

efectuado la operación en el sentido inverso, que aquí se avizora.²¹ Basta recorrer las páginas del órgano de la UCR capitalina durante 1916, *El Radical*, para reconocer a simple vista un feroz antagonismo con el socialismo porteño, su competidor más cercano en un distrito electoral clave del país. De forma cotidiana este periódico publicaba en su primera página una breve nota titulada “El pensamiento ajeno”. Allí ilustraba a sus lectores, con citas de autores europeos detractores del socialismo democrático –desde el nacionalista Henri Rochefort al sindicalista revolucionario Georges Sorel–, la naturaleza de los que eran calificados diversamente como “farsantes”, “bestia ponzoñosa”, “secta”, “despotismo de Estado”, “soñadores”, etc. La tan mentada dicotomía “causa” *versus* “régimen”, elemento sustancial de los clivajes que sostenían la identidad política del radicalismo, no alcanza sin embargo para ofrecer un cuadro completo del devenir de dicha solidaridad militante y menos aún en el momento en que nación y democracia se cruzaron para definir los desafíos de todos los partidos que encararon el proceso abierto en 1912.

Tanto en buena parte de los editoriales de *El Radical* como en los discursos de las reuniones de los comités y los mítines de campaña que se sucedieron intensamente en los meses previos a la elección, desde el radicalismo se identificaba el doble déficit de sus adversarios: el “sistema de fraude que el PAN había implantado” y a quienes consideraba sus sucesores, el Partido Demócrata Progresista y los conservadores bonaerenses de Marcelino Ugarte; y “la teoría internacionalista que sostienen los socialistas justistas”,²² en referencia al dirigente del Partido Socialista (PS) que sería foco predilecto de las invectivas del periódico. Precisamente en uno de esos actos, frente al Comité Nacional de la UCR, el diputado nacional Delfor Del Valle, hombre de confianza de Yrigoyen, exclamó que el

²¹ Cabe citar, no obstante, un trabajo de Enrique Garguin sobre la repercusión y los temores entre socialistas y radicales del triunfo electoral del Partido Socialista en la Capital Federal en 1913 (Garguin, 1999).

²² “El aniversario de hoy”, en *El Radical*, 4 de febrero de 1916; y “La gran manifestación de anoche”, en *El Radical*, 27 de febrero de 1916.

pueblo argentino veía en el partido al “libertador de la nación” luego de los gobiernos de la “oligarquía”, para completar de forma concluyente que “cuando la multitud nacional dé sus representantes radicales no será un partido el que gobierne, sino *el nacionalismo encarnado* en esos mismos hombres”.²³

La metáfora de la encarnación se adecuaba bien en este caso a esa autoconcepción del radicalismo como la nación en su conjunto, lo cual conllevaba tanto la definición de un espacio de representación inclusivo, como una delimitación de la comunidad política legítima en la nueva democracia en ciernes. En este sentido, parece consecuentemente difícil desvincular nacionalismo y democracia –y, por lo tanto, un diagnóstico que asociaba a los antagonistas con la contraparte de esos términos– en el radicalismo que generó una inflexión política en 1916, si bien ya anticipada por los resultados posteriores al levantamiento de la abstención con la reforma electoral de 1912. Para los dirigentes radicales, esa mayoría latente a la que consideraban su base de apoyo no podía ser más que la genuina expresión política de la nación; así, el radicalismo aparecía como el verdadero nacionalismo político.

Nacionalismo e identidades políticas: una interpretación situada

Un ejemplo del debate político inaugurado por el nuevo marco electoral, que permite comprender los ejes propuestos por el radicalismo en la campaña de 1916, ilustra bien la lógica a partir de la cual interactuaron las fuerzas políticas del momento al poner en juego los contenidos de sus identidades políticas. Ya en 1913 el presidente del Comité Nacional de la UCR, José Camilo Crotto, cuestionó en la Cámara de Senadores de la Nación las credenciales patrióticas del dirigente socialista recientemente electo Enrique Del Valle Iberlucea. Éste, luego de defenderse de los cargos sobre sus

²³ Citado en: “La manifestación de anoche”, en *El Radical*, 23 de enero de 1916 (destacado propio).

prejuicios previos en relación a los símbolos patrios, terminó refrendando, frente a lo que consideraba la “religión patriótica” de sus detractores,

el pensamiento nacionalista de mi partido, en el sentido de que procura impulsar de una manera intensísima las fuerzas políticas y morales de nuestro país [mediante la ciudadanización de los extranjeros y el progreso económico] ... para que nuestro pueblo pueda ser grande, para que nuestra República pueda ser en el concierto de las naciones libres la grande y gloriosa nación de que habla la canción de la patria (Del Valle Iberlucea, sf, pp. 14-16).

De hecho, ya en los primeros años del siglo XX, pero sobre todo con el Centenario de 1910, el PS había operado en la mayor parte de sus miembros un cambio en su identidad política al incorporar definitivamente los motivos nacionales como ingredientes de sus convicciones para demostrar que se consideraba parte legítima de la comunidad política nacional (Reyes, 2018a). En gran medida, esta inflexión nacionalista, que abarcó desde quienes tempranamente habían postulado la no contradicción de la obra del socialismo internacional con la causa del progreso nacional (como Justo o los Dickmann) hasta a notorios internacionalistas (como Del Valle Iberlucea), se fundaba en un reflejo defensivo. O sea, constituía una reafirmación ante los reiterados ataques de conservadores y radicales; aunque asimismo implicaba una reevaluación de ciertos supuestos doctrinarios y de un clima ideológico que las pasiones del momento habían reflejado bien. Así, los debates y posicionamientos de las fuerzas políticas en esa década de 1910 muestran hasta qué punto los motivos nacionales jugaron un papel central, tanto dentro de cada una de las formaciones como en tanto suerte de mínimo común denominador a la hora de interpelar a masas electorales que, se esperaba, ampliarían su participación progresivamente.

Es posible referirse, en consecuencia, a una diferencia de grados, de énfasis y de combinaciones con otros elementos ideológicos,

creencias y valores en cuanto a las valoraciones y usos del nacionalismo (o de los nacionalismos, en plural) hacia 1916. Estos matices quedaron patentizados en la campaña electoral de ese año nuevamente por la palabra de Crotto. El Comité Nacional emitió el discurso de apertura en la Convención Nacional de fines de marzo que eligió como candidato a Yrigoyen, en una alocución atravesada por la síntesis de nacionalismo y democracia. En primer lugar, consideraba a la misma Convención “la gran conquista de nuestra democracia (...) porque de ella emergerán decisiones fundamentales sobre los destinos de nuestra patria”, lo cual reiteraba el *topos* del radicalismo como punto culminante de la marcha ascendente de la nación política que llegaba a gobernarse a sí misma. Pero a continuación repasó las “abnegaciones y heroísmos” de la UCR en su lucha por conquistar la “regeneración” frente a los “oficialismos en decadencia”, esbozando el cuadro de sus adversarios con tácita referencia al socialismo como socio de los conservadores al:

transigir [éstos] hasta con los enemigos de la nacionalidad, con los partidarios de la desorganización social y enemigos de la bandera, que es nuestro orgullo, porque es símbolo de la patria, que recorrió otros días triunfante el continente entero y que hoy surca y cuenta nuestra civilización y nuestra grandeza por todos los mares del orbe.²⁴

Partido nacional y democrático, el radicalismo se postulaba también como futuro garante de un orden que ya se había considerado en peligro en los primeros años del siglo, lo cual en términos tácticos posibilitaba coincidencias con ciertos sectores conservadores que, sin lograr aglutinarse en una única fuerza, terminaron abrevando en sus filas.²⁵ Casi al mismo tiempo en que Adolfo Dickmann publicaba “El Socialismo y el principio de Nacionalidad”, opúsculo en donde

²⁴ Transcripto en: “La Convención Nacional”, en *El Radical*, 21 de marzo de 1916.

²⁵ Sobre estas incorporaciones en la coyuntura abierta en 1912 y las tensiones entre “viejos” y “nuevos” radicales, ver Persello (2007, pp. 45-48).

repasaba la obra de Juan B. Justo y su concepto de un “buen nacionalismo socialista”,²⁶ este último contestó inmediatamente desde el periódico partidario *La Vanguardia* al discurso de Crotto condenando el “patrioterismo” de los radicales (v.g. un “mal nacionalismo”). Para el dirigente e intelectual socialista existía “un abismo de ideas y sentimientos” que separaba al PS de la UCR, sintetizado a su entender en el culto “inconsciente” que los radicales profesaban por la bandera argentina, lo que para Justo era un fetichismo de los símbolos que se caracterizaba por su superficialidad respecto de los que consideraba los verdaderos problemas del país.²⁷

A esta altura del análisis puede resultar operativo apelar a lo que propuso con sentido metodológico otro clásico de la historia de las ideas políticas, aunque se refiriera originalmente a obras y escritos de otro tenor, pero vale para pensar el problema aquí abordado. En su reflexión en torno a las dificultades de las miradas retrospectivas, Quentin Skinner planteó la improductividad de la búsqueda de una pretendida coherencia en las ideas de los actores históricos (Skinner, [1969] 2000, pp. 160-164). Así, las concepciones sobre nociones claves como las de nacionalismo, democracia, socialismo, republicanism y liberalismo siempre se verán conjugadas y matizadas por el influjo de contextos situados pero cambiantes. Esta propuesta se complementa con la de Roldán expuesta en la introducción del trabajo, para ubicar en las tensiones entre esos términos y sus formulaciones puntuales – y no la “medición” de cuán nacionalista, liberal o republicano era el corpus discursivo de un dirigente o una determinada agrupación política a lo largo de cierto período– los sentidos históricos de sus “usos”, en este caso, el rol que jugaron en la autoconcepción de una o varias fuerzas políticas y cómo ello operó en el debate político de una

²⁶ El texto sería luego compilado en un libro titulado *Nacionalismo y socialismo*, para dar cuenta de la particular versión del PS sobre un tema siempre candente en la entreguerras (Dickmann, 1933).

²⁷ Justo, “Juan B Política nacional”, en *La Vanguardia*, 23 de marzo de 1916. Las campañas electorales del PS luego de la reforma de 1912 vienen siendo trabajadas en detalle por Palermo (2016).

coyuntura clave. La variedad de enunciados y usos del nacionalismo – ya sea por parte de radicales, socialistas o conservadores– perfila la diversidad de supuestos morales y compromisos políticos viables que podían subyacer bajo una misma noción lanzada a la arena política en un momento de cambios significativos (Skinner, [1969] 2000, p. 190).

Conclusiones

Estos debates suscitados en la segunda década del siglo XX exponen de forma patente el hecho de que, por ejemplo, radicales y socialistas se refirieran al término “nacionalismo” como uno de los principios en que se basaba su acción y sus propuestas políticas para la nueva democracia argentina,²⁸ lo que no implicaba necesariamente un consenso sobre los aspectos deseables o perniciosos del mismo. En cambio, de ello sí puede inferirse que los diferentes usos del nacionalismo (la presencia de nacionalismos) cimentaron una suerte de piso y un umbral sobre los que pivotaron los lenguajes políticos de la experiencia de la “república radical”. Una cuestión distinta, pero conexas con la anterior, es la de especificar conceptualmente de qué tipo de fenómeno se trataba esta presencia del nacionalismo en las principales identidades políticas del período, comprendiendo por otro lado que tanto en la UCR como en el PS es posible rastrear sus formulaciones al respecto en la década de 1890 con el planteo de la “cuestión de la nación”. En el caso del radicalismo esto se observa incluso antes de la consolidación del yrigoyenismo (algo que se concretó una vez desandado el proceso gubernamental abierto en 1916), al cual la historiografía ha asignado la voluntad de identificarse con la nación.

²⁸ Al respecto, en otro trabajo paralelo al presente se han analizado las celebraciones de las fiestas patrias por parte del gobierno de Yrigoyen, entendiendo a las mismas como un ritual fundamental para comprender de qué forma se fue desplegando y a qué actores sociales y políticos interpelaba su particular versión del nacionalismo en un marco de democratización (Reyes, 2019).

Una posibilidad es la ofrecida por Devoto en su distinción entre un primer nacionalismo liberal, amplio, extendido entre la mayor parte de las elites políticas y culturales del cambio de siglo argentino, y un más tardío nacionalismo antiliberal y autoritario, propio de aquellos sectores que reaccionaron al doble clima de la democratización interna y a la crisis internacional de la posguerra, aunque reconociendo el predominio hasta la década de 1930 de algunos de los temas del primero. En este caso, el problema es que este autor, por diferentes motivos, no reconoce la etiqueta de “nacionalistas” para los radicales y, menos aún, para los socialistas. Destaca aquí la falta de una producción intelectual o doctrinaria sistemática o de la recepción de ideas europeas como las maurrasianas o las fascistas, lo que sería algo propio de los nacionalistas argentinos de las décadas posteriores.

No obstante, los radicales de distintas tendencias se reconocían abiertamente como tales y no dejaron de esgrimir estas creencias en las disputas políticas del proceso de democratización operado por entonces en Argentina; y, en otra clave, hicieron lo propio los socialistas, tal vez de forma más problemática para la cultura política en que se filiaban. Por supuesto, los nacionalistas antidemocráticos que focalizaron desde los años '20 en el yrigoyenismo los fuegos de su retórica siempre podían ver en estos exponentes desde falta de convicción y sinceridad en su profesión de fe nacionalista, hasta la perversión y los vicios políticos que, según ellos, se derivaban de un orden político democrático que rechazaban y que merecía combatirse o al menos revisarse, para proponer así un nuevo umbral nacionalista que los partidos políticos no podían colmar.

El hecho de que la sinceridad del nacionalismo radical, reconociéndose implícitamente el uso que la UCR hiciera de este tipo de retórica, formó parte de los tópicos del debate público en los primeros años del gobierno de Yrigoyen lo demuestran ciertas voces que, desde distintas posiciones, abordaron el tema. Así, en una reconocida obra crítica que compilaba sus escritos periodísticos sobre el “nuevo régimen”, el escritor Alberto Gerchunoff dedicó todo

un capítulo a discutir el “argentinismo radical”. Para este antiguo militante socialista que comenzaba a virar hacia un liberalismo escéptico del escenario abierto en 1916, el “sentimiento profundo y trascendente de la patria” resultaba un dato mundial innegable en el marco de la Gran Guerra (Gerchunoff, 1918, p. 174),²⁹ pero entendía que la de Yrigoyen y sus seguidores era una “noción arcaica de la argentinidad”, en especial por su afán de “restaurar el carácter argentino” identificándose con el “tipo criollo” (p. 158). Pero si esto mismo lo acercaba a los representantes del “viejo régimen” (v. g. los conservadores), lo reprochable era más bien que se empleara sobre todo para denostar la posición del socialismo como anti-nacional y lograr así el “predominio político”, en tanto para Gerchunoff el “buen argentinismo” era el de signo progresista de los liberales y hasta de los socialistas, que respondía a las “nuevas ideas de nación y de sociedad” (p. 176).

En cambio, para un escritor nacionalista como Gálvez, convertido en exitoso novelista hacia los años '20, el radicalismo expresaba de forma genuina el espíritu nacional por el que él venía bregando. El futuro biógrafo de Yrigoyen³⁰ –dato que refuerza esta afinidad electiva– plasmó esa percepción en su novela *La tragedia de un hombre fuerte* (1922), en la cual su protagonista Víctor ausculta todo el arco político del momento, reuniéndose con dirigentes de la UCR, del PS y del conservadurismo, hasta llegar a una conclusión: “los radicales creían con entusiasmo extraordinario en unos cuantos principios abstractos”. Siendo más populares y por tanto menos notables que los antiguos gobernantes, “ellos creían en la Patria como en Dios, en el sufragio, en la visión providencial del partido... Y por esa fe eran más modernos que sus enemigos, hombres del Pasado. Y más vivientes, más democráticos y mucho más argentinos”

²⁹ Sobre la intervención pública de Gerchunoff en el clima de divisiones locales suscitadas por el impacto de la Gran Guerra, lo que conllevaba la defensa de una cierta idea de la argentinidad (su posición era “aliadófila” frente al “neutralismo” del gobierno de Yrigoyen), ver Tato (2016).

³⁰ Al respecto, ver nota nº 15. La *Vida de Hipólito Yrigoyen* se publicó en 1933.

(Gálvez, 1922, p. 135). La voz de estos referentes paradigmáticos de algunos de los debates que marcaron a la “república radical” permite matizar, por su valoración positiva o negativa, la irrupción del “nacionalismo de los nacionalistas” y ubica al radicalismo como uno de los actores que se disputaron la representatividad del nacionalismo en tiempos en que el mismo llegó a convertirse en un componente ideológico omnipresente en diferentes culturas políticas.

Otra posibilidad es pensar una gradación, como la explicitada por Michel Winock para la evolución del fenómeno en Francia, desde un “nacionalismo abierto” e inclusivo heredero de los sentidos democráticos de la Revolución Francesa que enfatiza en la voluntad general y la soberanía de la nación –un “nacionalismo de patriotas”–, hasta un “nacionalismo cerrado” que privilegia el orden interior y promueve cambios en el régimen político vigente, aunque no necesariamente coherente u homogéneo en su corpus doctrinal –un “nacionalismo de nacionalistas”– (Winock, [1982] 2014, pp. 11-18). Lo interesante de un esquema de este tipo –que el planteo de Devoto sigue en gran medida– es que abre un abanico entre ambos polos nacionalistas en el cual pueden ubicarse los “usos” políticos enfatizados en coyunturas claves por ciertas fuerzas, como lo hizo el radicalismo frente al socialismo en la década de 1910, pero también como lo sufrió el propio yrigoyenismo en la década de 1920 a manos de periódicos, grupos intelectuales y ligas que dieron forma a un “nuevo” nacionalismo y que la mayor parte de la literatura reconoce en su sentido “estricto” o “restringido”.

Con todo, la situación y los reflejos exhibidos por el radicalismo al momento de su llegada al poder y en el marco de los Centenarios de la segunda década del siglo XX justifican reevaluar los supuestos asumidos tanto por la historiografía del radicalismo como por la del nacionalismo argentino. Desde una perspectiva que privilegia como objeto de análisis las identidades políticas, incluyendo allí también al socialismo, la evolución de estas formaciones desde la Argentina conservadora hacia la “república radical” ofrece la oportunidad de repensar los lenguajes políticos de la época y una noción que se

revelará transversal a sensibilidades y tradiciones profundamente disímiles.

Referencias

- Bertoni, L. A. (2005). 1910 y la emergencia de “otra nación”. En Nun, J. (comp.). *Debates de Mayo: nación, cultura y política* (pp. 195-200), Buenos Aires: Gedisa.
- Brubaker, R. (1999). The Manichean Myth. Rethinking the Distinction Between ‘Civic’ and ‘Ethnic’ Nationalism. En Kriesil, H. et al. *Nation and National Identity. The European Experience in Perspective* (pp. 55-71). Zürich: Rügger.
- Castellanos, J. (1917). *Acción y pensamiento*. Buenos Aires: Pellerano.
- Delamata, Gabriela y Aboy Carlés, G. (2001). El yrigoyenismo: inicio de una tradición. *Documento de Trabajo*, 3, UNSAM, 131-166.
- Del Valle Iberlucea, E. (s/f). *Discursos parlamentarios*. Valencia: Sampere y Cía.
- De Privitellio, L. (2004). Partidos políticos. En: Korn, F. y De Asua, M. (comps.). *Investigación social. Errores eruditos y otras consideraciones*. Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias. Recuperado de: <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/privitelio.pdf>.
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dickmann, A. (1933). *Nacionalismo y socialismo*. Buenos Aires: s/d.
- Fernández Sebastián, J. (2009). Conceptos y metáforas en la política moderna. Algunas propuestas para una nueva historia político-intelectual. En Canal, J. y Moreno Luzón, J. *Historia cultural de la política contemporánea* (pp. 11-30). Madrid: CEPC.
- Ferrari, M. (2008). *Los políticos de la república radical: prácticas políticas y construcción de poder*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gálvez, M. (1922). *La tragedia de un hombre fuerte*. Buenos Aires: Biblioteca de Novelistas Americanos.
- Garguin, E. (1999). La marea roja. El triunfo socialista en las elecciones porteñas de 1913. *Sociohistórica*, UNLP, 6, 147-181.

- Gerchunoff, A. (1918). *El nuevo régimen*. Buenos Aires: Otero y García.
- Gramuglio, M. T. (2001). Estudio preliminar. En Gálvez, M. (1910). *El diario de Gabriel Quiroga* (pp. 9-55). Buenos Aires: Taurus.
- Halperin Donghi, T. (2005). *Vida y muerte de la República verdadera*. Buenos Aires: Ariel.
- Horowitz, J. (2016). *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Karush, M. (1999). Workers, Citizens and the Argentine Nation. Party Politics and the Working Class in Rosario, 1912-3. *Journal of Latin American Studies*, 31, 589-616.
- Koselleck, R. (2012). Historia conceptual. En: *Historia de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (pp. 45-48). Madrid: Trotta.
- Martínez Mazzola, R. (2010). Socialismo y populismo, los comienzos de una relación conflictiva. La mirada del socialismo argentino sobre la Unión Cívica Radical (1890-1930). *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. Segretti"*, 10, 210-230.
- Ortemberg, P. (2016). El Centenario de la Independencia de 1916: tradiciones patrióticas, prácticas modernas e imágenes de progreso en el espejo de 1910. *PolHis*, 18, 102-143.
- Oyhanarte, H. (1916). *El Hombre*. Buenos Aires: Librería Mendесky.
- Padoan, M. (2002). *Jesús, el tempo y los viles mercaderes. Un examen de la discursividad yrigoyenista*. Bernal: UNQ.
- Palermo, S. (2016). Tribunales y panfletos: la primera campaña presidencial del Partido Socialista. *Estudios*, 35, 37-56.
- Palti, E. (2007). ¿De la República posible a la República verdadera? Oscuridad y transparencia de los modelos políticos. *Historiapolitica.com*. Recuperado de: <http://www.historiapolitica.com/datos/biblioteca/palti.pdf>.
- Persello, A. V. (2007), *Historia del radicalismo*. Buenos Aires, Edhasa.
- Reyes, F. J. (2012). El primer radicalismo y la "cuestión de la nación". Acerca de un vínculo identitario fundacional.

Cuadernos del Ciesal, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR, 12, 127-148.

- Reyes, F. J. (2016a). "Conmemorar la revolución y sus mártires". Sobre el lugar de un ritual político en la construcción de la identidad del radicalismo (1891-1897). *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, 50, 41-76.
- Reyes, F. J. (2016b). Radicales y socialistas ante la centralidad de la nación. Sobre rituales partidarios y culturas políticas en el momento del Centenario (1909-1912). *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, UNLP, 16 (2), 1-30.
- Reyes, F. J. (2018a). La patria es el otro, pero no para siempre. La cuestión de la nación en el socialismo de la Argentina finisecular (1894-1912). *Historia y Política*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 39, 203-234.
- Reyes, F. J. (2018b). Religiones de la política en la Argentina finisecular. La sacralización de la identidad en los orígenes del radicalismo y el socialismo (1890-1912). *Temas y Debates*, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, UNR, 36, 85-111.
- Reyes, F. J. (2019). Las multitudes, la nación y sus símbolos. Las fiestas patrias del radicalismo en los albores de la "república verdadera". *Coordenadas*, UNRC, VI (1), 213-241.
- Richard-Jorba, R. (2013). Somos el pueblo y la patria. El populismo leninista en Mendoza frente al conflicto social y la prensa": discursos, representaciones y acciones, 1917-1919. *Revista de Historia Americana y Argentina*, UNCuyo, 48 (1), 11-54.
- Rock, D. (1993). *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Ariel.
- Roldán, D. (2011). Nación, república y democracia. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, 33, 193-208.
- Skinner, Q. ([1969] 2000). Sentido y comprensión en la historia de las ideas. *Prismas*, UNQ, 4, pp.
- Tato, M. I. (2007). Del crisol de razas a la Argentina desintegrada: un itinerario de la idea de nación, 1911-1932. *Historia y Política*, 17, 153-173.
- Tato, M. I. (2009). La nación liberal en entredicho: democracia y nacionalismo en la Argentina, 1911-1932. En Vázquez, B., Franco, G. y Rojas, R. (comps.). *Del ciudadano moderno a la*

Artículo

¿Durmiendo con el enemigo?
Radicalismo y nacionalismo en la
coyuntura de 1916.

Por **Francisco Jerónimo Reyes**

ciudadanía nacionalista. Siglos XVIII-XX (pp. 167-192). Caracas: Consejo Nacional de Universidades.

- Tato, M. I. (2016). La cultura política nacionalista en la vorágine de la Gran Guerra. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, UNLP, 16 (2), 1-20.
- Winock, M. ([1982] 2014). *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*. París: Seuil.
- Yrigoyen, H. ([1916] 1923). La Unión Cívica Radical. En: Fovie, J. (comp.). *Discursos, escritos y polémicas del Dr. Hipólito Yrigoyen*. Buenos Aires: Establecimiento gráfico de T. Palumro.